

siones sin motivo, sentimientos sin ideas: estos Ejercicios no se dirigen sino á presentar los mayores motivos y las ideas más sublimes de la Religión; luego no inspiran el entusiasmo. Pueden trastornar las imaginaciones vivas y fuertes: por eso prohíbe el Instituto dar estos ejercicios largo tiempo á gente de esta complexión (88). Personas asustadas con estas imágenes terribles, han salido de estos Ejercicios con un trastorno de juicio y una enagenación, que han tenido efectos funestos. Mucho dudamos que se puedan citar ejemplos; la experiencia nos muestra lo contrario con el ejemplo de tantos, curados por estos Ejercicios, no de un trastorno de juicio, sino de un desorden de conducta; ella nos enseña que, espantados de estas imágenes terribles, unos se han reconciliado con sus enemigos, otros han restituido las ganancias usurarias, estos han reparado los agravios de la calumnia, aquellos han renunciado al vicio y á la disolución; muchos han llevado al seno de su familia la paz y la felicidad, no pocos han cerrado el abismo del lujo y del juego, abierto debajo de sus pies, proporcionado alivios á la indigencia, asegurado asilos á la caridad y elevado monumentos á la Religión: en suma, la experiencia nos prueba, que si es absolutamente posible que algun imbécil abuse, es absolutamente cierto, que todo hombre de juicio se aprovecha (*).

(*) De todos los Ministerios propios de la Compañía, el de los Ejercicios de San Ignacio es el único que subsiste hasta

CAPITULO XIX.

De las Misiones nacionales.

LA Propagación de la Fé es el objeto general de las Misiones extranjeras: la conservación de la Religión y de las costumbres, es el particular de las nacionales. Para estas últimas, traza el Instituto un plan tan sábio, tan sólido y bello, que no podemos escusarnos de la satisfacción de referirlo casi en su totalidad.

Persuádase, dice, que en la cadena de ocupaciones que abraza la Compañía, estas Misiones son una de las que ofrecen más grandes objetos y producen mayores ventajas (89).

Los que se han de ejercitar en ellas, cuiden de adquirir las virtudes convenientes para trabajar con fervor, y los talentos necesarios para ejecutarlo con acierto.

Añadan á los talentos lo que á veces los suple, y siempre aumenta la fuerza; esto es, la union íntima, y el ánimo valeroso.

Antes de emprender cosa alguna, obtengan la licencia y aprobación del Obispo diocesano, tan atentos á dar muestras de su sumisión, como de su zelo.

Luego que lleguen al lugar de la Misión, visiten nuestros días: por ellos podrá formarse juicio del zelo y actividad, con que todos los otros eran desempeñados, y la utilidad que debía resultar á la Iglesia y al Estado, de los trabajos de los Jesuitas—7.

al Cura, para convenir con él los medios de hacerla igualmente útil y edificante.

Procuren conciliarse la benevolencia de los Eclesiásticos y Seculares, que puedan ayudarlos con sus trabajos; y llenos del espíritu de zelo, que desea hacer todo el bien posible, sean superiores al de partido que todo lo quiere hacer solo.

Infórmense con prudencia de las pasiones mas dominantes, de los abusos mas acreditados entre los que han de instruir, para poder proporcionar los remedios á los males, y los recursos á las necesidades.

Juntén al Pueblo; y para que el interés no alarme á la piedad, declárenle, que su salvacion es el único motivo que los trae; su asistencia el solo bien que le piden; y su aprovechamiento en la virtud, exigen únicamente por recompensa.

Que para instruir los entendimientos y mover los corazones, se valgan de todos los medios, Sermones, Catecismos, Conferencias, Meditaciones, administracion de Sacramentos, práctica de buenas obras, Oraziones, Ayunos, Limosnas, socorros espirituales y temporales.

En los sucesos, no desdigan de la modestia religiosa; en las contradicciones, nada disminuyan de la firmeza evangélica; y conserven una grande igualdad de alma en la desigualdad de su situacion.

Mantengan con cuidado la buena reputacion, sin la cual, aunque absolutamente puede uno ser virtuoso, nunca será útil.

Reformen los vicios de la multitud y de los particulares; pero no se mezclen en reformar los abusos de ningun Cuerpo, sea cual fuere: la primera reforma es fácil y loable, la segunda inútil y odiosa.

En sus trabajos prefieran la conveniencia al aplauso, el orden á la singularidad, y lo que es durable á lo que solo desvanece.

Acuérdense que de solo Dios dimana el espíritu de luz, principio de los grandes designios, y el espíritu de fortaleza, instrumento de las grandes obras.

Si acompañan á algun Obispo en la visita de su Diócesis, no se olviden jamás de que al Misionero pertenece solo el empleo de cultivar la viña del Señor, y el de gobernarla está reservado al Prelado.

Sobre todo, adviertan, que trabajando en la santificacion del prójimo, no descuiden la suya, y por desarraigar los vicios y las pasiones del corazon ageno, no los dejen brotar en el propio.

Guárdense de tener conversaciones dañozas, ó frivolas, con los seglares, y especialmente con mugeres.

Nunca pierdan de vista lo que deben á la edificacion pública: su frugalidad esté libre de la sospecha mas ligera, y su desinterés sea á prueba de las mas vivas ofertas.

Finalmente, repítanse á meando á sí mismos aquellas palabras, que grabadas en el alma de un Misionero lo preservarán de todo deslíz, y consideradas por un Conquistador lo curarian de toda ambicion: *¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma* (90)?

Imagínese, pues, una legión de Misioneros, penetrados de estas máximas, llenos de este espíritu, enviados por autoridad legítima, ilustrados de la ciencia, dirigidos del zelo, ayudados del talento y estimulados por una santa emulacion, presentarse de repente á la vista de una Ciudad, á la cual van á darse á conocer por medio de sus obras: figúrense estos hombres Apostólicos, ya postrándose en el Santuario, para atraer sobre el Pueblo las bendiciones del Cielo; ya subiendo al Púlpito, y haciendo resonar las bóvedas de los Templos con las verdades eternas; aquí rasgando el velo de la ignorancia con públicas conferencias; allí instruyendo á los niños con las lecciones familiares del Catecismo; mas allá trayendo al redil de la Iglesia las ovejas perdidas; en todas partes despertando en las almas los latidos de la conciencia; haciendo correr por todos lados las lágrimas de la contricion, enjugando al mismo tiempo las de la miseria; visitando los Hospitales, penetrando las Cárceles, recorriendo las chozas con el Crucifijo en una mano y la limosna en la otra; predicando á los Pueblos la sumision debida á la Iglesia y la obediencia al Soberano; exhortándolos á pagar los diezmos y los impuestos; cortando las murmuraciones excitadas contra la Autoridad, ó contra la Providencia; apartando las piedras de escándalo; sufocando las semillas de la disension; restableciendo en el seno de las familias la amistad y la confianza; confirmando en todos los entendimientos las verdades de la Fé, la regla de las costumbres, los principios del deber; reanimando

en todos los corazones el amor de la Religion, el gusto de la virtud, y los sentimientos del patriotismo. ¡Qué cuadro! Sin embargo, nada ha puesto de su parte la imaginacion, nada ha inventado, ni embellecido. Nosotros apelamos á tantas Provincias y Ciudades, testigos de los frutos abundantes, que en todas partes producen las Misiones; apelamos á los sucesos ruidosos, que no han cesado de tener las Misiones de Languedoc y de las Cevenas, de la Guiena y Bretaña, de la Xaintonge y del Poitou, de la Alsacia y de la Suiza Católica. Apelamos al ardiente empeño con que los Obispos atraen á los Misioneros á sus Diócesis, para ponerse ellos mismos algunas veces á su frente. Apelamos á la fundacion magnífica, hecha con tanta sabiduría por el Obispo, Príncipe de Paderborn; monumento, que igualmente testifica la piedad del Prelado y la generosidad del Soberano. Apelamos, sobre todo, á la fundacion magestuosa y única en su género, hecha en beneficio de la Lorena por ESTANISLAO el Benéfico.

Este Príncipe, que tendria admiradores, aun cuando careciese de Vasallos, y seria acreedor al amor del público, aun cuando no hubiese merecido su reconocimiento; este Príncipe, á quien celebran á competencia la voz de las Academias y la de las Cortes, la voz de los Pueblos y la de los Reyes, la voz de los nacionales y de los extrangeros; este Príncipe, que ha sabido sucesivamente ligar á la fortuna, vencerla y gozar de ella; este Príncipe, á quien debe la Lorena el

Gobierno que la hace dichosa, y los monumentos que la ilustran; y á quien es deudora la Francia de una Reina, la mas tierna de las Hijas, la mas virtuosa de las Esposas y la mas feliz de las Madres; este Príncipe, en fin, cuyas principales prendas son buscar en todo lo bello, y hallarlo, solicitar en todo el bien, y hacerlo, y cuyos principales objetos son el progreso de los talentos y de las virtudes, el interés de su Pueblo y de la Religion, ha juzgado igualmente servir á uno y otra, confiando á los Jesuitas las Misiones Reales de sus Estados. Esta debia ser una de sus obras las mas útiles; y él ha querido, que fuese una de las mas perfectas. ¿Qué ventajas no ha reunido en ella? Este establecimiento provee á un mismo tiempo á los intereses de la vida futura y á los de la presente: con la instruccion destierra la ignorancia y desengaña al error; con la limosna sirve de asilo á la pobreza y de apoyo á la virtud; con los remedios gratuitos detiene el curso á la enfermedad, ó á lo menos suaviza la impresion del dolor: él solo procura todos los socorros que puede reclamar la humanidad, y todos los que puede proveer la Religion. Así, todo respira en esta obra la alma grande, sensible y cristiana de su augusto Fundador; todo manifiesta el zelo perspicaz y activo, encargado de ejecutar los designios de un Monarca, tan hábil en la eleccion de los hombres, como en la invencion de los proyectos. ¡Quiera Dios que subsista su obra á medida de sus deseos! ¡Que sea siempre elogio de su piedad,

el de las Misiones que este Príncipe ha juzgado útiles para sus Pueblos, y el de los Jesuitas que ha escogido para cumplir sus grandes ideas!

A vista de esto, habrá todavia valor para preguntarnos, *¿de qué sirven las Misiones?* ¿De qué sirven las Misiones? A vosotros os toca responder, enfermos, necesitados é infelices, esparcidos por las Ciudades y los Campos, que viendo venir de repente hombres desconocidos, á vuestro socorro, á serviros, instruiros y consolaros, á satisfacer y prevenir todas vuestras necesidades; á vosotros, que hallando en ellos luces y recursos, levantaiis las manos al Cielo, para darle gracias de unos y otros; á vosotros os corresponde celebrar las Misiones y justificar á los Misioneros: vosotros lo haceis con mucha frecuencia con vuestros sentimientos y lágrimas: todas vuestras respuestas no llegarán jamás al valor de esta. *¿De qué sirven las Misiones?* No faltan, ya lo sabemos, Pastores zelosos é instruidos; ¿pero por mucha que sea su instruccion y zelo, consiguen siempre una confianza general? ¿no encuentran jamás contradicciones que sufrir, de parte del capricho ó de la indocilidad? ¿hacen siempre la misma impresion, las mismas instrucciones y los mismos talentos? ¿el objeto mas familiar, es siempre el mas querido? ¿se ignora que el disgusto nace del continuo trato? Además, ¿las luces mas extendidas, la vigilancia mas atenta, pueden bastar para alumbrar á una Parroquia dilatada, á una Villa entera? ¿Podrán los Pastores ordinarios ejercitar solos las diversas

funciones que abraza cada Mision? ¿No es, pues, de desear para los Feligreses, que tengan de cuando en cuando nuevas instrucciones; y para los Curas que logren de tiempo en tiempo otros Cooperadores? ¿De qué sirven las Misiones? Es cierto que los frutos que dán, no son eternos; ¿mas un bien pasajero deja de ser un bien? ¿No deben contarse por nada tantas restituciones importantes, tantas reconciliaciones sinceras, tantas limosnas considerables, como ocasiona una Mision? ¿Es cosa de poca monta dejar en toda una Ciudad monumentos de caridad, ejemplos de Religion, motivos de subordinacion; y ya que no el hábito, á lo menos, el conocimiento y principio de todas las virtudes? ¿De qué sirven las Misiones? ¿Censores vanos! Nosotros comenzamos á entenderos y terminamos nuestras respuestas. Para contestar á las preguntas que nos haceis, convendria responder á las que ocultais en ellas. Vosotros nos decís: ¿De qué sirven las Misiones? mas callais: ¿De qué sirven las Costumbres y la Religion?

Vosotros, Políticos sábios, que conocéis el precio de la Religion y de las buenas Costumbres, y sabéis que un Pueblo sin Religion es un Pueblo sin leyes, ó dispuesto á violarlas; y un Pueblo sin costumbres es un Pueblo sin valor, ó muy expuesto á perderlo; por esto mismo debéis conocer el precio del Instituto. En efecto, para conservar las Costumbres y la Religion, prescribe este Instituto el buen ejemplo, la Oracion, las obras de caridad, la composicion de libros piadosos, la Confesion, la Predicacion, las Con-

gregaciones, los Ejercicios y las Misiones nacionales. Mas si con la conservacion de las Costumbres él hace al Estado uno de los mayores servicios, no le hace otro menos esencial en la educacion de la Juventud; y este es el segundo modo, con que contribuye al interés público, y el segundo motivo que debe hacerlo precioso á los ojos de una política ilustrada.

CAPITULO XX.

De la Educacion de la Juventud.

ANTES de exponer el plan de Educacion trazado por el Instituto, conviene desvanecer la idea poco ventajosa, que han dado de él, el Autor del Informe al Parlamento de Rennes, y el Autor de una Memoria falsamente atribuida á la Universidad. Empezemos por responder al primero, procurando persuadir con razones sólidas y hechos constantes, á los que se han dejado seducir por ingeniosos sofismas y vanas imputaciones.

Objecion.

„La Educacion que los Jesuitas dan á la Juventud en las Aulas, es acomodada en un todo al espíritu ultramontano que los domina, al espíritu de partido que los agita, á las preocupaciones é ignorancia del siglo décimosexto (*).”

(*) Primer Informe, pág. 135.